

Ecós de venganza 6: Confesi3n

Pese a lo que algunos podrían decir, la empatía no es aquello en lo que destaca el ser humano, ni tampoco el intelecto en sí. Aquello por lo que el ser humano ha dominado el mundo es el reconocimiento de patrones. Desde aproximadamente el 50.000 antes de Cristo hasta ahora, el reconocimiento de patrones ha permitido que existan la pintura, el teatro y que incluso el más cínico escogiera creerse los efectos especiales por ordenador que tenían las películas a finales de los noventa.

El reconocimiento de patrones también hacía que los transeúntes que pasaban por ese parque pudieran pasear tranquilamente sin reparar en esa cosa sentada en una de las mesas de parchís que el Ayuntamiento había instalado para los jubilados. Así, en vez de horrorizarse ante el plasma cósmico que tenía como materia prima, podían tranquilizarse en su forma y reconocer, en aquella sustancia, un hombre elegante vestido de rojo. Podrían haber hecho lo mismo, por ejemplo, con una escultura de arena.

En ambos casos, sin embargo, había algo que no estaba bien. Había algo inquietante. Por eso nadie se acercó demasiado a ese individuo, por llamarlo de algún modo, que miraba su reloj con relajación y con una sonrisa que tenía poco de alegre. Al menos, no en el sentido en que nosotros entendemos la alegría.

Cuando la mujer de verde se sentó junto a él, el ambiente se volvió más cómodo para la experiencia humana. Sin embargo, seguía habiendo algo raro que ningún curioso testigo supo explicar.

-Tardanza. No está castigada en el reglamento, pero yo creo que podría ser un agravante, ¿sabes? Arrepentirse o reparar un delito demasiado tarde. Llamar demasiado tarde a la Policía, tal vez una falta leve. Ah, qué hermosas posibilidades...

La Doncella Vengativa bebió un sorbo del termo que se había llevado. Le hacía falta, no del modo físico que su interlocutor estaría pensando, pero sí de otro modo más humano.

-Me alegra ver que no has cambiado, Magus. Disculpa, estaba ocupada haciendo que un drogadicto le devolviera a su madre el dinero que le había robado.

El hombre de rojo revisó un reloj que no había estado allí el segundo anterior.

-Guerras, catástrofes, plagas, tantas cosas que podrías haber solucionado mientras tanto... en fin, cada uno emplea su tiempo como quiere, pero sería aconsejable que cuidaras de tus mascotas fuera de tu horario de trabajo.

Resopló.

-Forma parte de mi trabajo. Algunos prefieren dedicarse a las grandes causas, a castigar a emperadores y a magnates, pero yo tengo otro enfoque. Hacer las cosas más bonitas en el día a día. Cambiar el mundo desde la base, intentando que la gente mejore. Creando buenas personas que, en consecuencia, crearán otras buenas personas. Y no creo que sea respetuoso hablar de los humanos como si fueran mascotas. Después de todo, trabajamos para ellos.

Ese individuo trajeado hizo un tirabuzón con su pelo, disfrutando de la incomodidad de ella.

-La diferencia de inteligencia es demasiado grande como para considerarlos otra cosa. Y, venga, no seas ingenua: trabajamos como control de daños. Hacemos todo lo posible para que los animales a los que controlamos no se carguen sus planetas y, cuando no lo conseguimos, nos aseguramos de que la Madre Naturaleza les deje las cosas claras. Sinceramente, no sé cómo te has ganado a tanta gente, porque tus métodos son un desperdicio de recursos que ya quisieran los políticos de este mundo.

La mujer tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para no gritar.

-Tenemos todo el tiempo del universo. Podemos permitirnos ser lentos.

-Díselo a la gente que está muriendo mientras tú te dedicas a salvar a pecadores de poca monta.

-¿Y cuánta gente estará muriendo-replicó ella, seria- por querer hacer un trabajo rápido? ¿Cuántas víctimas colaterales hay por querer llevar a cabo una justicia sin garantías? Ten en cuenta que hasta los malvados tienen parejas e hijos, y gente que depende de ellos.

La risa de Magus era tétrica y musical, ensayada durante millones de años, desde el primer homínido de la galaxia que había decidido burlarse de otro.

-Por favor, no tiene sentido que sigas castigándote por un mísero error. Y, sobre todo, que nos castigues a los demás.

La Doncella Vengativa, que arrastraría para siempre ese ignominioso nombre, agradeció tener el absoluto control sobre su cuerpo, incluidas las lágrimas.

-¿Cómo sabes que solo fue ese? ¿Y si hemos matado a muchos más, sin saberlo?

-Que tú seas descuidada no significa que los demás lo seamos.

La mujer levantó la vista hasta el cielo. Aún hoy, su belleza azulada seguía calmando sus más tempestuosas emociones.

-Magus, de verdad que no entiendo por qué me has llamado para burlarte de mí. Creo sinceramente que no deberías usar tu trabajo para compensar tus frustraciones. Yo misma lo hice, y... hazme caso, nunca sale bien.

El rostro de ese diabólico ser tomó un cariz más duro, despiadado.

-No te he llamado a este patético lugar para burlarme de ti. Por el contrario, he venido a plantearte un reto. Mi única intención es que consideres tu nuevo método didáctico... y si se puede aplicar a todo el mundo, por supuesto.

Sabía que era una trampa, sabía que sería difícil. Sabía que nunca se perdonaría a sí misma si decía que no, y que tendría aproximadamente mil millones de años para arrepentirse.

-Venga, dime qué quieres-concedió, tranquila, con la esperanza de que ese hombre fuera compasivo por primera vez en su vida.

-Nada. Simplemente, trasladarte un caso del que he pedido encargarme. He llegado a la conclusión, tras el análisis de rigor, de que no hay redención posible para el hombre del que hablan estos apuntes.

Extrajo del bolsillo de su chaqueta una libreta negra que abrió, jugueteó. Con letras rojas, se encontraba descrita una información detallada. Nombre, edad, crímenes... todo lo necesario para llevar a cabo los primeros trámites de reparación de daños. No pudo leerlo con claridad, aunque si hubiera querido habría podido procesar toda esa información en un milisegundo, porque su compañero de trabajo seguía taladrándola con la mirada.

-¿Me estás pidiendo que te ayude a hacer tu trabajo?

-Te estoy pidiendo que me demuestres que tus ideas radicales esconden algo de verdad. Quiero que encuentres una forma de que este hombre de crímenes tan repulsivos repare el daño que ha causado sin castigarlo. Porque de eso va tu método, ¿no? De agraviar a los hombres buenos haciendo que los malos obtengan gratis aquello por lo que tanto han luchado. En fin, querida, me voy. Tengo un narco del que ocuparme, y creo que sus víctimas apreciarán la ironía que supone que muera de una sobredosis. Ah, me estoy haciendo viejo, pero no pierdo mi toque creativo...

La Doncella se despidió de él con dos besos, manteniendo las formas hasta el final. Cuando Magus pasó por delante de una familia, un niño le dio a su hermano el cromó que le había quitado y se había metido en el bolsillo. Y, luego, rompió a llorar.

Cuando la Doncella Vengativa leyó la descripción exhaustiva que su rival había hecho de su objetivo, quiso acompañar al pequeño en su llanto.

...

Desde que le habían cambiado de parroquia, el padre Carrión se había limitado a recitar las Escrituras tal y como venían escritas desde hacía siglos.

Sí, por supuesto, todavía tenía que unirlos mediante un hilo conductor que permitiera que hasta el más tonto (dudaba entre la señora Esperanza, de ochenta y nueve años y las mismas neuronas; o Pepito, el chaval que se dedicaba a jugar disimuladamente con el móvil) pudiera entender un fragmento del texto más importante que escucharían en sus vidas. Pero ya no llevaba a cabo reflexiones sobre la ley del divorcio, el matrimonio homosexual o los pecaminosos programas que las cadenas se empeñaban en emitir por la tele. Sinceramente, no se sentía ya con fuerzas para tratar de extrapolar esas parábolas que a la generación TikTok le resultaban tan abstrusas. Que lo dedujeran solos, si eran tan listos.

Por ese motivo y por otros, hacía mucho que había convertido la homilía en un mero trámite, en un requisito tanto para él como para sus feligreses. Él les ofrecía la salvación, gracias a la Gracia Divina, y ellos sustentaban su modo de vida y su vocación. Muy bien, muy bien. Mateo, Corintios, Lucas... los clásicos nunca fallaban, y esperaba de corazón que a alguna de esa gente le sirvieran para encauzar su vida. Pero, que el Señor le perdonase, no le quedaban fuerzas para aportarle a la sabiduría milenaria su toque indispensable de actualidad.

Mientras hablaba, leyendo directamente del texto sagrado como si fuera el teleprompter de un informativo, miró a su audiencia con las córneas encendidas y sanguinolentas. La puta vieja que ya casi no les daba dinero, la madre soltera, ese jubilado que se pasaba el día bebiendo...

...el condenado Pepito, que jugaba con esa consola apoyada en sus pantorrillas descubiertas por el pantalón corto, que se mordía el labio cuando perdía, cuyos dedos se movían con una velocidad sugerente y atractiva...

El padre Carrión no necesitó mirarse reflejado en la pila bautismal para saber que estaba colorado como un tomate.

Cuando la ceremonia fue llegando a su fin, tuvo que apartar la mirada al verle tomar la Sagrada Forma. Ese pequeño hijo de puta sabía lo que hacía... los chavales crecían tan rápido ahora que... en fin, no estaba bien, claro que no estaba bien, pero esperaba que entendieran...

Procuró eludir esos pensamientos. No podía volver a suceder: si pasaba, no volverían a rescatarlo. Ya habían tenido que montar un buen jaleo para cambiarlo de parroquia, y estaba convencido de que sus rivales en la carrera eclesiástica habían tenido mucho que ver. No podía volver a defraudar al buen obispo, con lo mucho que le había protegido. A veces, aunque fuera un pecado muy gordo, le daba las gracias a él en vez de a Dios cuando rezaba. Sobre todo, cuando un bello querubín diabólico como ese se ponía en su camino.

Cuando todos se fueron, llevó a cabo las penosas tareas diarias (¡ardua penitencia!) y, después de una hora, pudo al fin descansar. Al caer la noche, incapaz de conciliar el sueño, paseó por la iglesia hasta llegar a su cuadro favorito.

Era una adoración del Niño de algún anónimo pintor local, uno que no solo había logrado plasmar la devoción de los visitantes sino algo mucho más importante: la inocencia incólume de ese infante que venía a salvar el mundo y que acabaría dando la vida por ellos. Y nadie había mirado ese cuadro con tanta devoción como él, cuya mano traviesa se metía en sus pantalones para moverse como una serpiente por el Edén. Jadeó, con lágrimas en

los ojos, sin que esa mano se dejara de mover. Se preguntó si ese niño, de dulzura tan marmórea y perfecta, podría perdonarlo.

Al terminar, se limpió el semen de las manos con el agua de la pila bautismal.

...

Carrión despertó con la frente empapada, con la respiración entrecortada. Miró la hora, descubriendo que quedaban ciento ochenta minutos antes del momento del día en que abandonaba el sueño. No podría dormir de nuevo, no después de lo que había hecho la noche anterior. El Niño Jesús, por Dios...

Entró a la iglesia y paseó por ella, maravillándose ante los cuadros, avergonzándose ante esa bella estampa que había afeado con su lascivia. Los otros críos... joder, había que entenderle. Eran ruidosos niños de papá, diablillos rebeldes. Lo que había hecho no estaba bien, cierto, pero... pero era comprensible que se sintiera peor por humillar de esa forma al hijo de Dios, poniendo una nueva corona blanca sobre su ensangrentada frente. Sollozó, pidiendo perdón.

Lo curioso de pedir perdón a Dios, y esto mucha gente lo intuye pero poca lo sabe, es que suele ser un perdón que se pide a uno mismo. El penitente no espera que le respondan y, de hecho, teme que eso suceda. En parte por la disrupción sobrenatural que eso suponía dentro de su vida cotidiana, en parte porque una respuesta suponía una obligación implícita. En parte porque ver cómo a ese bebé le sangraban los ojos habría alterado hasta al más racional de los agnósticos.

El padre Carrión estuvo a punto de caer fulminado al suelo de la impresión. Cerró y abrió los ojos, en un intento de librarse de esa imagen que sin duda debía de formar parte de su larga lista de pesadillas ominosas. Sin embargo, después de cinco intentos, se limitó a pegar los párpados, temeroso de no poder librarse nunca de esa tenebrosa estampa que ofendía sus retinas.

Sin embargo, cuando escuchó su voz (infantil, inocente, pero inequívocamente colérica y autoritaria), supo que la imagen que había visto palidecía en comparación. Aquel timbre angelical le hablaba con la fiereza y la crueldad de toda la corte celestial, con una entonación que sonaba a Antiguo Testamento y estatuas de sal:

-Confiesa. Confiesa. Confiesa.

Con las rodillas besando el suelo, sin atreverse a separar las manos, el sacerdote fue abriendo los ojos con una lentitud que poco habría desentonado en aquel monte Calvario donde se había imaginado tantas veces, cargando con sus pecados.

Confiesa. Una sola palabra, una palabra sencilla, una palabra que quemaba dentro de su sistema nervioso y que revolvía el alquitrán de su alma, que hervía después de tanto tiempo dormitando.

Corrió a su habitación como alma que lleva el diablo, tal vez literalmente, y cerró la puerta con un ruido que terminó de despertarlo del todo. Allí, se metió debajo de sus sábanas recordando los juegos pasados de sonrisas y lágrimas con esos diablillos provocadores... y, aunque nunca había sentido cómo las lágrimas le caían de la cara con tanta velocidad, no podía evitar mirar atrás con una nostalgia perversa y pecaminosa.

Sacó del baúl aquel flagelo que a veces había llevado a las procesiones, que había utilizado para propósitos menos edificantes.

Se golpeó la espalda. Se maltrató la espalda. Se laceró la espalda hasta que sangró.

-Yo confieso...-susurró, en voz baja, como si los ángeles le estuvieran observando a través de cámaras y micrófonos, como si algún periodista entrometido fuera a usar sus palabras para un reportaje-. Yo confieso... yo confieso...

A lo largo de esas tres horas, se fue ajusticiando a sí mismo periódicamente. Yo confieso. Yo confieso. Yo confieso. Decirlo en voz alta era humillante porque era algo físico, no la etérea pesadilla que alguien como él podía atribuir a su oscura imaginación. Pero no se peca solo de pensamiento.

...

-Y los pede... y los pecadores...

Recitaba como podía, pero veía en sus caras una decepción profunda. Él era probablemente el único *performer* del que su audiencia no podía quejarse en público, pero seguía estando allí para su disfrute, como cualquier otro. Pedagogía divertida, que le habían dicho en el seminario, para que la letra del Señor entrara con gusto en oídos infantiles. Y precisamente esa amabilidad, ese acercamiento sencillo y teatral, le había permitido meter otras cosas en orificios inocentes. Pero costaba, cuánto costaba.

<<Teníamos que volver a leer en latín, y que cada uno se entendiera como pudiera. Habría menos listillos en catequesis>>.

Estaba seguro de que los muy ingratos lo comentarían en casa. Ahí estaba doña Carmen, cuya prima le recomendaría un cura joven (tal vez de Camerún o de Venezuela, o de algún otro sitio donde la gente todavía se metía en su negocio) de otra parroquia. Ahí estaba Arturo, que comentaría entre sus colegas del bingo cómo ir a la iglesia le daba cada vez más pereza. Ahí estaba Pepito, que criticaría su voz afectada y titubeante entre sus compañeros de clase...

...Pepito, qué guapo Pepito...

No. Ignoró esos impulsos, recordando las heridas de su espalda. Ya se había purgado, volvería a purgarse. Con la sangre se iría todo, con sangre como la de su Redentor, observando a la congregación desde encima de él.

Y los ojos de Él, de algún modo (cómo no iban a serlo), eran más inquisitivos que los de ellos. Miró a Concha, la dulce señora que tan bien hablaba de él. Se preguntó qué pensaría. Se preguntó qué pensarían todos.

"Confiesa".

Continuó hablando, con un titubeo que no pasó desapercibido ante las decenas de feligreses que escuchaban unas palabras que no se sentían. Lo que se sentía, por el contrario, era una respiración ahogada, una incomodidad cada vez más atosigante. El diablo se había colado en aquella iglesia, y él lo había invitado.

"Confiesa".

Una gota de sudor le cayó de su escaso pelo que, cual corona humillante, parecía incrustarse hasta perforar un cerebro que ya no era lo que había solido ser. Se aferró al alzacuellos, nervioso. El púlpito parecía más alto que nunca. El suelo, más lejano.

"Confiesa".

Cerró los ojos. Y, en esa ocasión, el cartel de "Inri" no colgaba de la frente de un nazareno cuya agonía ya no le afectaba, a cuyo sufrimiento eterno se había acostumbrado. No. En esa ocasión, se encontraba pegado a la frente de un muchacho con las muñecas cortadas, en cuyo semblante podía leerse la desesperación que le había llevado a regalar al diablo el don máspreciado que tenía.

Cuando Carrión cayó al suelo, la gente tardó en asistirlo, incapaz de creerse la violencia con la que se había desmayado.

...

Los médicos le dieron muchas explicaciones: que si el estrés, que si la edad, la falta de ejercicio, un bajón de azúcar... pero él sabía qué pasaba realmente. Al igual que solía buscar razones divinas para los acontecimientos aparentemente naturales, como parte de

su *show* eclesiástico, sabía que no podía atribuirse una sencilla causa natural a su desvanecimiento. A no ser, por supuesto, que se tratara de una esquizofrenia que tarde o temprano acabaría con él. Pero no tendría tanta suerte.

No, aquella era la misma gracia que había hecho que los profetas se subieran al monte, que había visitado a unos pocos afortunados en textos canónicos y leyendas largamente aceptadas, que había permitido que esos elegidos no tuvieran que recurrir a la fe para hallar la salvación. Debería estar agradecido, en lugar de estarle viendo los dientes a ese salvífico caballo, por la confirmación de que todo en lo que había creído era cierto.

El problema, claro, es que esa aparición no le estaba pidiendo transmitir unos mandamientos, ni siquiera algo tan sencillo como sacrificar a su hijo. No, lo que le estaban pidiendo era mucho más doloroso.

Los siguientes días fueron confusos, no solo por el cambio de aires sino por verse privado del hábito. Por ese sustituto que se había ocupado de su congregación mientras él esperaba las pruebas. Por las visitas. Por verse, de nuevo, él mismo frente a una sotana.

Él mismo había solicitado que el padre Felipe le viniera a visitar. Estaba lejos aún de un peligro mortal, pero le reconfortaba tenerlo delante. Tan anciano, tan delgadito, tan sabio, tan silencioso... si no hubiera sido blasfemia, habría jurado que él también había sido concebido sin pecado. Debía de ser impermeable a esos mismos impulsos que le habían llevado a cometer sus crímenes, y también a los arrebatos de odio que el propio Carrión sentía cuando oía cierto tipo de confesiones. Sin duda, él no habría sentido ese pandemonio impío de repugnancia y envidia al escuchar los escarceos carnales de sus fieles.

Y, por eso, era el hombre perfecto para escuchar su confesión.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida.

-La verdad es que no sé por dónde empezar...

-Pues por el principio, hijo mío, por dónde va a ser.

Claro, pero a saber cuándo había sido el principio. Tal vez cuando aquella vez, ese cruce de manos furtivo en aquel cine... su padre furibundo, queriendo enderezarlo... años de seminario, buscando cambiar el mundo desde fuera del mundo, años de lecturas y lecturas endogámicas que habían ido desplazando de su cerebro cualquier otra alternativa...

Pero todo eso, claro, no se lo iba a contar.

-Padre, a mí... bueno, empezó cuando llevaba unos años de sacerdote. Hace ya un tiempo de eso, como podrá deducir.

-Sí, aunque no tanto como el que ha pasado desde que yo empecé. Ah, con cuánta ilusión empieza uno...

Ese comentario le hizo temblar. Si hasta un hombre modélico como su confesor notaba los estragos de la edad en la vocación, poco podía hacer él. Pero había algo que podía hacer todo el mundo, lo único que le habían pedido. Visto de ese modo, no era tan difícil.

-Bueno, como decía, empezó cuando llevaba un par de años, en mi vieja parroquia. Era un sacerdote joven, moderno, que no podía convencer a los jóvenes de quedarse pasada la confirmación, pero que al menos les daba algo que pensar. Para dejar la ventana abierta a que volvieran, ¿sabe? Me respetaban, incluso los chavales melenudos que luego iban echando pestes de todo lo que hacemos. Por primera vez en mi vida, me sentía querido, ¿entiende?

Lo entendía, tal vez más de lo que pretendía. El rostro de ese hombre sabio había mudado de un modo que solo alguien atento habría podido percibir. Quizás había oído más de una

vez una confesión como esa. Tal vez había visto, a través de una rejilla, a más de uno de los suyos sonrojándose.

-Como decía, me encontraba en la cima del mundo. El trabajo era sencillo, tenía mucho tiempo libre... y, bueno, ya se sabe lo que pasa con los ociosos, que enseguida se les ocurre cualquier cosa. Y, bueno...

No había forma de que sonara bien. Se dio cuenta nada más empezar a decirlo. Por más que él se dijera a sí mismo que se trataba de una mera explicación, nunca de una justificación, esos preliminares le empezaron a parecer grotescos e indecentes. Qué importaba por qué lo hubiera hecho, si lo había hecho.

-Por aquel entonces, empecé a juntarme con los muchachos... monaguillos y tal... después de la misa. Y, en fin, una cosa llevó a otra...

Ahora, el semblante severo de su interlocutor era inequívoco. Ya sabía lo que sucedía. Sin embargo, estaba esperando a que lo dijera.

-Abusé de ellos. Especialmente de uno de ellos.

Se tomó un tiempo para entrelazar los dedos, para taparse con las sábanas, para sollozar. Al contrario de lo que cabría esperar, nada de eso borró lo que había hecho.

-Fueron tocamientos... digamos que no llegó a consumarse del todo. Yo les decía dónde tenía que tocar, yo les tocaba y... por Dios, se sentía tan bien. Yo no paraba de oír en el confesionario a los adúlteros, a los viciosos... y, cuando me contaban sus pecados, sentía al diablo acariciándome las partes íntimas, animándome a que probara. Diciéndome que no pasaba nada. Era... ahora lo veo, era envidia. Siendo un hombre virtuoso, siendo un siervo de Dios que tanto había hecho por Él, ¿por qué habría yo de renunciar a ese placer que para los demás era tan imposible de resistir? Yo quería probarlo, ¿comprende? Arrepentirme después, si era necesario, pero habiendo experimentado esa sensación de éxtasis.

El otro sacerdote no dijo nada.

-Y, por culpa mía, murió uno de ellos.

Pudo ver que la expresión de su colega mutaba una vez más. Seguramente había pensado que no podía haber nada peor que lo que había dicho, que su secreto estaba ya a la luz. Pero, si le habían cambiado de sitio, no era por los abusos. O no solo por eso.

-Era un chaval, el más guapo de to... bueno, eso da igual. Era el que más había sufrido por mi culpa. Yo no lo sabía. Yo creía que disfrutaba, o eso quería creer. Pero un día empezó a correr la noticia de su suicidio.

Se oyó un resoplido.

-Ya. Por suerte, no dijo nada. Bueno, por suerte... a saber. El caso es que mis superiores, que ya eran perfectamente conscientes de lo que sucedía, decidieron cambiarme de parroquia, para evitar las posibles sospechas. Y aquí estoy.

Las manos de ese hombre pacífico y comprensivo al que le estaba contando sus penas temblaban como debían de haber temblado las de Judit al decapitar a Holofernes.

-Y aquí estoy. Fueron... una serie de errores. Una serie de errores horribles que no he repetido. Esto lo juro por Dios y por todos los...

-No uses el nombre de Dios en vano, anda.

Asintió. Agachó la cabeza. Las sábanas, en verdad impolutas, parecían irremediabilmente manchadas.

El padre Felipe le absolvió y le impuso una penitencia ridícula. Pero la verdadera penitencia, tal vez, fue la frialdad con la que se lo dijo. Su reticencia, no verbalizada pero evidente, a discutir con él su problema, a ofrecerle consuelo. Sabía que no se lo diría a nadie, sabía

que cumpliría a rajatabla su cometido y las reglas que regían su vida y su trabajo. Sabía que era muy probable que rezara por él. Pero no haría nada más.

El propio Carrión rezó durante horas, intentando que esas palabras se unieran a sus sábanas para arroparlo. Aun así, el sueño se negó a acudir por mucho que se revolvió en la cama, por muy sincera que hubiera sido su confesión. Entre sudores fríos, se secó las lágrimas de un rostro que hacía mucho tiempo que no podía ver en un espejo sin vomitar. Intentó cerrar los ojos, los abrió, los apretó con tanta fuerza que estuvieron a punto de incrustarse en su cerebro. Y, cuando parecía que Morfeo había escuchado sus súplicas, lo oyó de nuevo. La voz de un dios que nada tenía que ver con el panteón griego.

"Confiesa".

...

Se abrían heridas sangrantes en las palmas de sus manos y en las venas de sus muñecas. Caminaba lacerado por un monte, cargando una cruz hecha de carne y bocas que chillaban. Pero ese era el único chillido a su alrededor. Nadie le acompañaba en su travesía como habían acompañado al otro, y era evidente por qué. No lo merecía.

Cayó tres veces, sin que ni siquiera sus piernas acudieran a socorrerlo. Se incorporó con sus propios brazos, pesado y quejumbroso, haciendo un esfuerzo superlativo, titánico. Y también inútil.

Inútil, porque poco podía hacer su sufrimiento por aliviar el mal del mundo, especialmente el mal que él había creado.

Cuando despertó, había una palabra grabada en su mente con llamas inmortales, una que llevaba escuchando mucho tiempo y que, sin embargo, tenía el mismo impacto que antes.

"Confiesa".

Le habían dado el alta hacía mucho. Volvía a dormir en su habitación, como si nada hubiera sucedido. Solo había pasado una cosa: que el término "dormir" era más que engañoso. No había conseguido hacerlo más de cinco horas en una noche ni más de dos horas seguidas. Había rezado el doble de oraciones que su confesor le había pedido, había reflexionado, había llorado durante días. Y, aun así, esas palabras seguían dentro de él, cual úlcera imposible de eliminar.

Y no entendía por qué. Había seguido todos los pasos, había seguido todas las instrucciones que el Altísimo les había dejado para limpiar su alma y, sobre todo, su conciencia. Sin embargo, aquella palabra se negaba a desaparecer.

Ese día de confesiones fue tan triste como los demás. Infidelidades, fraude a Hacienda, robos a la madre o la abuela... joder. Además de pecadores, aburridos. No sabía qué era peor.

Cuando el inocente y joven Pepito se arrodilló frente al confesionario, ni siquiera eso le excitó.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida. Dime, hijo mío.

Pudo comprobar que dudaba, y no supo (tampoco le importó) si se debía a la vergüenza del pecado tan gravísimo que habría cometido a sus diez años o la sana e instintiva animadversión que solían tenerle los niños.

-Venga, hijo mío, dime. Sabes que lo que me digas no saldrá de aquí.

Asintió.

-Claro. Es que... bueno, padre, yo... a ver, la culpa fue un poco de mi hermana, porque... bueno, estaba todo el rato siendo turbopesada con el juguete nuevo que le habían comprado. Una muñeca de mie... una muñeca bastante fea, y se me llevaban los demonios. Perdón por la expresión.

El cura rió.

-No pasa nada, hijo. Prosigue.

El chaval asintió desde detrás de la rejilla.

-Pues se la tiré. Se la tiré a una papelera que había cerca de nuestro edificio, y no le dije nada. Lo que...

-Hijo, ya sabrás que eso está mal, ¿no? Ya lo dicen los mandamientos: "no robarás".

-Sí, padre, pero no es eso lo que me preocupa. Es... bueno, que es la primera vez que algo así. A ver, no así así... ya le había quitado algunos juguetes antes, para tenerlos yo o cambiarlos a un colega por otros. Pero esta vez no ganaba nada, solo lo hice... para hacerla daño. Y es eso lo que me sienta mal.

-Claro, hijo mío. Lo entiendo. Bien, primero me vas a rezar un Padrenuestro. Luego, un Ave María. Y, luego... ¿tú recibes paga, muchacho?

El modo en que el chaval dudó era adorable. ¡Como si se lo fuera a decir a sus padres, o como si pensara que se lo iba a quitar de la cama donde lo guardara! Qué inocencia tan fresca, tan sencilla, tan... tan frágil. Sobre todo, tan frágil.

-Sí-acabó admitiendo.

-Muy bien. Pues vas a ahorrar. Vas a dejar de comprar chuches o juegos, o lo que compréis los niños ahora. Y, con lo que ahorres, vas a comprarle a tu hermana la muñeca. Da igual lo que tardes: tienes que reparar el daño que has hecho. No tienes por qué decirle que se la has robado tú. Solo dásela como si fuera un regalo de su hermano.

Era una sentencia justa y proporcionada, sin duda. La vida de Carrión, puesta en una balanza, había sido desastrosa. Sin embargo, estaba orgulloso de su papel de confesor. Estaba seguro de haber salvado más de un alma, después de haber condenado otras cuantas.

-¿Y... y no puedo comprarle una muñeca más barata? O rezar y ya está. Si Dios sabe que me arrepiento...

<<Ay, hijo mío, te encuentras en medio de la batalla más vieja que existe. Tu inclinación natural a hacer el bien contra tu inclinación natural al egoísmo>>.

-Pepito, todos haríamos lo correcto si fuera sencillo. No tendría mérito, ¿verdad? Si no, hasta gente horrible como ese tal Kevin de tu colegio que tan mal te cae podría ser bueno. Pero, si quieres reparar lo que has hecho, no basta con... con arrepentirte. O con fingir que te... que te arrepientes.

Titubeó. No bastaba con eso, claro.

-¿Entiendes?

Se oyó un murmullo empático de asentimiento.

-Sí.

-Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Silencio. Un silencio tétrico y pensativo, oscuro.

-Pero me van a odiar...

Las lágrimas del chico hicieron que se mordiera los nudillos. Le recordaban tanto a las lágrimas de los otros...

-No te van a odiar, Pepito. Hazme caso, hay gente que ha hecho cosas mucho peores. ¡Muchísimo peores, que te darían pesadillas!

-¿Y a ellos también se les perdonará?

Agradeció que no pudiera ver cómo se tragaba sus sollozos.

-Eso quiero creer, hijo mío. Eso tenemos que creer todos.

Lo despidió después de tranquilizarlo, y atendió a sus obligaciones con ejemplaridad. Menos ejemplaridad de la que había mostrado en algunos momentos de su vida, mucha más que en otros, pero justo la que necesitaba en aquel.

Durante la noche, llevó a cabo otra oración mucho más agónica, no dirigida a esa indeterminada deidad que estaba dispuesta a aceptar a todas las ovejas descarriadas, sino a alguien que tenía mucho que perdonarle y pocas ganas de perdonar. Con toda la razón del mundo.

Redactó la carta con decenas de tachones (treinta y dos, para ser exactos) y muchas pausas para combatir contra la idea de romper ese papel en pedazos que el fuego se tragaría. Pero en esa carta estaba la verdad, y la verdad no merecía perecer entre las llamas. Ese destino estaba reservado a la gente como él.

"Confío en que la caridad de sus corazones sepa perdonar una maldad inexcusable, un momento de debilidad que ha acabado con la vida de un inocente. Y, sobre todo, confío en que esta misiva haya acallado cualquier tipo de dudas que alberguen sobre su paternidad o cualquier resquicio de culpa. La responsabilidad es solo mía. Les doy una pequeña compensación, una compensación insignificante, por todo el daño que les causé".

Terminó la misiva con su nombre y apellidos, con una firma indiscutiblemente suya.

Adjuntó a la carta todo el dinero en efectivo que tenía. Eso les ofendería y les asquearía, pero era una justa ayuda. Mucho menos de lo que merecían, pero justo al fin y al cabo. Y esperaba que, precisamente por la ofensa que suponía ese intento tardío de comprar su silencio y acallar su conciencia, recurrieran a unas instancias que él, tan acostumbrado a tratar con la justicia divina, había desechado prácticamente de su memoria. Solo esperaba que no fueran tan buenos cristianos, o tan gilipollas, como para perdonarle de buenas a primeras.

Al día siguiente, envió un correo certificado que nunca podría negar, ni siquiera cuando la natural flaqueza de su carne y de su espíritu le hiciera renunciar a ese breve instante de dignidad rebelde. Aunque solo se había incriminado a sí mismo, albergó la secreta esperanza de que la justicia de los hombres supiera hallar a los prohombres que habían ocultado sus crímenes con una fría premeditación de la que ni siquiera él había sido capaz. Sabía lo que le esperaba. Sabía que contaría los días hasta que llegara esa carta, hasta la celebración del juicio. Sabía que sufriría al entrar en la cárcel, sabía que le humillarían, sabía que le criticarían.

Sabía también que, una vez toda esa polvareda se hubiera levantado, tal vez podría aspirar a un sueño más profundo.

Tal vez.

...

Hace tiempo, alguien había reclamado ese pedazo de tierra por alguna deuda histórica que se tradujo, como siempre sucede en esos casos, con unos pocos más ricos, unos cuantos más pobres y otros tantos, más muertos. Hacía años desde que se había firmado la paz, pero quedaban allí muchos agravios reales o fingidos que vengar, y la sangre corría por el suelo con relativa facilidad.

Siempre que Magus se enfadaba, y eso también sucedía habitualmente, escogía como centro de reunión un sitio como ese. Aunque el camarero de la aldea le sirvió su té a ese extraño sin rechistar (sus sabios instintos así se lo indicaron), la vida era barata en ese lugar. Su olfato cuatridimensional aún podía sentir el aroma a fuego y pólvora.

Cuando la mujer de verde llegó, en su rostro podía leerse la aprensión. Aun así, se sentó junto a él sin aspavientos ni cualquier otro tipo de salida de tono.

-¿Qué va a desear la señorita?-preguntó el camarero, en un idioma que la mayor parte del planeta no hablaba.

-Un té verde, por favor.

La Doncella Vengativa contempló a aquel hombre de rojo con una profunda compasión en la mirada.

-Bueno, ya he resuelto el expediente. Me parece que he ganado este juego inmaduro que me planteaste.

Desde su asiento, ese infante de más de un millón de años sonrió como el niño que cambia de tema cuando la conversación no le conviene.

-Sí, lo has resuelto-concedió Magus-. Y de una manera muy burda, debo decir. ¿Epifanías religiosas, de verdad? Eso está pasado de moda, querida.

La anciana muchacha se encogió de hombros.

-Si se usó durante tanto tiempo es porque funciona.

-¿De verdad funciona?-preguntó su interlocutor con sorna, paseando sus dos ojos afilados por la desolación del paisaje-. Pregúntate, amiga mía, si el sufrimiento que ha experimentado es comparable al de sus víctimas. Al contrario, diría yo: le has dado la única confirmación que necesita de la veracidad de su fe. Ahora, por tu culpa, ese despreciable individuo morirá pensando que le espera un paraíso. Se marchará de este mundo en paz, con la creencia infantil en una felicidad eterna, y lo último que oirá antes de cerrar los ojos será la voz de un Padre comprensivo que no tuvo ni merece. Yo habría optado por alguna otra solución. Tal vez constantes pesadillas en las que fuera sodomizado, o alguna enfermedad venérea de origen sobrenatural.

La mujer suspiró, empatizando a regañadientes con un hombre al que conocía antes de que cualquier ser vivo sobre la faz de ese planeta hubiera nacido.

-Claro, porque eso no es burdo...

-Hay que admitir que sí. Pero, al menos, habría pagado adecuadamente por su crimen. Ojo por ojo, como dicen los modernos.

-Ya. Pero, por muy catártico que eso hubiera sido para ti, estoy segura de que esos padres prefieren saber lo que le pasó a su hijo. Esa es la diferencia entre tú y yo, Magus, y la diferencia entre hacer tu trabajo para ayudar a los demás o para satisfacer tus propios intereses. Prefiero que se libren de su castigo mil culpables a que sufra un solo inocente. Y no creo que tú seas tan malo como pareces, pero deberías tenerlo en cuenta.

El hombre trajeado hizo un gesto trivial de ajustarse el cuello de la camisa. La Doncella supo que estaba nervioso, porque simplemente podría haber deseado que se mantuviera en su sitio.

-Bueno, lo reconozco: has ganado. ¿Contenta? Aunque has sido poco deportiva y elegante, sé cuándo he sido derrotado. Así que, aunque no hemos apostado nada, te concederé una dádiva si está dentro de mi poder. Siéntete afortunada, oh Doncella Vengativa, porque muchos han suplicado a lo largo de los siglos por que les conceda un favor. Así que dime qué quieres, te lo ruego.

Le miró con picardía. Qué tipejo tan despreciable, tan listo y tan orgulloso.

-Si querías empezar a usar mi método, podrías haberlo hecho sin recurrir a estos extremos.

-No sé de qué me hablas.

-Ya, seguro. Bueno, pues ya que me has dado esta oportunidad, la voy a aprovechar. Quiero que estés un rato trabajando para los demás, no para ti. Un tiempo trabajando para las personas a las que ahora matas con tanta liberalidad. No pienso encadenarte durante toda la eternidad, porque ni siquiera tú te lo mereces. Pero, al igual que yo me he puesto en

tus zapatos, tú deberías ponerte en los míos. Un período corto, quizás... ¿mil años? Y, luego, decide libremente.

Su sonrisa de escualo amaestrado le dio la respuesta antes que sus palabras:

-Un milenio me parece más que justo.

Se estrecharon la mano con una fuerza contenida que, en su máxima expresión, podría haber hecho temblar las montañas y los mares. Se incorporaron, dejando tras de sí dos tazas vacías que apenas habían tocado.

El camarero recogió la mesa rápidamente, como si quisiera eliminar todo rastro de ellos. Al mirar hacia su dirección, pudo sentir los ardientes ojos que venían de ese hombre cubierto de rojo.

-Sobre el trabajito de esta noche... si lo haces, lo más probable es que acabes en una cuneta. Yo te he avisado. ¿Queda claro?

Asintió, con un nudo en la garganta.

-Bueno, no es un mal comienzo-observó su compañera, con esa risa que tantos habían aprendido a amar.

FIN